

Sonido vagabundo

Juan Sastre

Primera Parte

No había más que caminar, como alimento, como la inercia, como sustento. Contaba cada paso de destino en destino mientras nada pasaba alrededor, ni el movimiento de las personas ni de las cosas. No había lugar para él. Si trataba de hablar parecía que todas las miradas conspiraban contra él y contra lo que decía, si se hacía el silencio el mundo era más feliz.

Los días eran copias del anterior y predicciones del siguiente. No había forma de cambiarlas. Los amigos más confidentes que tenía eran su camino al colegio y un silbato que le regalaron en su noveno cumpleaños, aunque no sobra decir que sus parientes cercanos eran su soledad que no lo dejaba y su falta de atención. No se le veía sonrisa sino gestos tímidos de agradecimiento por la comida y las buenas noches o días. Un buen momento sin fecha, que terminaba insípido y sin color, más que los otros, resultó que sus amigos y su familia se reunieron preguntando qué pasaba especialmente ese día. Decidió sencillamente contarles en una hoja de papel para ahorrarse palabras innecesarias, como hacía siempre. La tomó de su cuarto que era su lugar más querido y junto con su silbato y un esfero viejo y roto comenzó a rayar: Pero a rayar con fuerza como si el mundo estuviera arrodillado ante él y fuera el momento de su venganza. Así nació su nuevo amigo y para justificarlo bien, no lo dejaba, era su compañía en sus caminatas al colegio, a las clases aburridas y a todo lo demás. Sus emociones siempre tibias corrieron una suerte diferente cada vez que se ponía en frente de la hoja a medio escribir. Eso sí, las cosas que escribía no dejaban de ser lentas, pidiendo permiso una a la otra, pasivas pero fuertes. Le gustaba saborear cada trazo negro sobre la textura de la superficie y quería que fuera así siempre: si alguien lo hubiera visto, no hubiera sabido que plasmaba, si palabras, si dibujos, si notas o nada. Ahora, en las mañanas, normalmente opacas e invernales, comenzó a salir con un ánimo diferente, con un objetivo que cumplir. Las cosas estáticas e inertes dejaron de serlo y se transformaron junto a él. Todo empezó a estar dotado de movimiento, hasta el sonido recobró su forma y los ruidos odiosos del ambiente tomaron otro modo dentro de él. No quería nunca separarse de ese papel ni el papel de su autor y aun así eran ambos suficientemente inteligentes para entender que las cosas terminan y por más difícil hay que dejarlas ir, porque el mundo es así, es como es.

En una de sus rutinas al colegio, la hoja de papel arrugada se desprendió de su mano y cayó al suelo bailando en medio del aire dañado de ese momento. La distancia fue exagerada en solo segundos. El destino era horrible para ambos, y se dejaba ver en la distancia cada vez más larga. Con una rama por brazo y un pie de palillo y salchicha, un ojo natural y lo demás de parte suyo, el papel se armó de todo valor. Con las posibilidades de su vista restringida, vio cómo se iba con velocidad el dueño de su contenido y aun así no espero más, con la humilde fuerza que poseía se despencó como basura la basura de la calle que era y entre pies que venían de todos lados, corrió como un ratón en laberinto, a veces lo patearon pero no era suficiente para doblegarlo, otras veces lo mordieron los perros y los gatos por arrancarle su pie salchicha pero se conmocionaba poco y seguía, en vez de salchicha, cuando se le perdía, elegía cualquier cosa de reemplazo o a sí mismo y continuaba la carrera, pero sus patas no eran tan rápidas para alcanzar a su amigo que se

alejaba. Con lo justo si alcanzaba a ver al final del camino los pies de su objetivo, la ilusión empezaba a irse y sin embargo trato de seguir con el mismo entusiasmo del comienzo. No se rendía ni pensaba rendirse. A la vez, en medio de la rutina de los vivos, sonó una flauta callejera de la que nacían notas voladoras en todas las direcciones, parecían hordas de caballos libres o lobos salvajes. Una de estas se acercó con timidez de mascota regañada, pero al papel no le importó y más bien sí lo vio como una carga en su camino, lo apartó con vehemencia sin importarle los sentimientos, pero el caballito corchea lo persiguió oliéndolo con ahínco hasta que se tropezaron y cayeron. Molesto enormemente por primera vez en su vida apartó al caballito, pero a su vez, sintiendo una lástima instantánea, se disculpó con la mirada más tierna que se puede hacer con un solo ojo y lo consintió, el caballito inmediatamente aceptó su disculpa y le dio toda su amistad. La belleza de la imagen rompió la dureza mentirosa del papel y lo invitó como compañero de viaje. Corrieron juntos lo más rápido que el papel podía porque el caballito corchea era mucho más veloz. Entonces su primera mejor idea nació al darse cuenta que el sonido callejero eran hordas de caballitos como su amigo, nadando en un mar de aire y nubes oscuras. “No se diga más” pensó y esperando que su amiguito soportara su peso se montó como héroe sin espada ni armadura y su viaje ya no fue más por el suelo. Su corcel de corchea atravesó por el aire sin entrar en los oídos de nadie y su feroz jinete lo enrumbaba con el objetivo claro en la frente. Navegaron firmes. No había nada que detuviera su ímpetu. Divisaron su objetivo desde lo alto y fueron hacia él, el caballito resolvió fácilmente que por la amistad no había problema en dejar a sus hermanos y seguir otro rumbo. Todo estaba bien, pero la calle tenía sus propios deseos para ellos y se encargó de cumplirlos. Estaban en una ciudad en permanente alerta, las sirenas sonaban todo el tiempo y los accidentes ocurrían casi por placer. El caos era su espíritu y el movimiento su cuerpo. Bestias más grandes e imponentes que ellos se atravesaron casi sin que se dieran cuenta. El caballito se encontró personalmente con lo que era el mundo en el que había nacido, aunque por los primeros segundos de su vida creía que era diferente. No importó, tenían un espíritu de héroes. Lucharon contra el ruido contaminante que los asediaba todo el tiempo, esquivaron todos los golpes hasta donde pudieron y terminaron victoriosos la mayoría de las veces, pero solo era necesaria una derrota para que todo acabara. La presión de la marea contaminada les dañó la vista a ambos, ni siquiera se dieron cuenta en qué momento todo se puso tan mal. El papel arrugado trato de animar al caballito valiente que todavía trataba de seguir, pero fue en vano, ya no había fuerzas y se desplomaron.

Se despertaron doloridos en medio de la noche y sin ninguna ilusión, febriles, alucinantes y sin deseos. Ahora era un papel vacío, roto por todos lados y con algunos garabatos empujados que ya no se leían o se leían difícilmente, sin embargo, la naturaleza le había dado su forma y la mantenía, a pesar de la aventura y los problemas, de todas formas ya no había razón para nada más, el juego ya había terminado hay. Ya no había ningún rastro de nada, con suerte solo memorias. Alentó a su amigo a caminar y él obedeció. Vagaron juntos algunas horas que luego fueron días. Lo único que cada uno tenía era al otro. No había cansancio, pero tampoco había energía. Pasaron días y se acostumbraron a vivir con lo que había. A ratos jugaban a perseguirse el uno al otro, se escondían y se buscaban, en otros ratos descansaban. El juego y el descanso eran su rutina: Parecía que se había olvidado su fracaso y ahora disfrutaban la vida como un tesoro. No tenían nada que perder ni nada que los matara y, con todo eso, el caballito igual, enfermó. Se negó a andar más y se quedó como muerto en una sola posición. El papel trato de animarlo encontrando pequeños lugares con aire puro y sí lo animó, pero no lo suficiente para continuar. El papel pensó que algo se

podía hacer: Trato de cargarlo, de empujarlo y hasta se hizo una boca circular para silbarle. El caballito corchea se alumbró al ver pequeñas noticas salir de la boca del papel, le brillaron los ojos y hasta trató de alcanzarlas, de tomarlas, pero no fue suficiente. Sin embargo, sí le dio una nueva idea al papel, alojó al caballito en un rincón lejos de la contaminación y el ruido. Caminó buscando tropas musicales que pudieran alentar a su amigo. Vagó, pero esta vez con un nuevo deseo, hasta que llegó a dos personajes vivos, uno con tambora y el otro con una gaita, nacían de hay caballitos de todos los tamaños y las formas y entonces se dio cuenta que ese era el lugar que estaba buscando. Volvió por su amigo y lo cargó al hombro. Caminaron un tiempo así, con la esperanza de que la música se encontrara en su lugar todavía. Y sí, llegaron donde debían y fue instantánea la reacción del compañero despertando de la inconciencia y animándose totalmente. El caballito partió con brío sin darse cuenta que su amigo se quedaba atrás. El papel lo notó luego mientras jugaba a perseguirse con sus nuevos amigos. El caballito lo miró feliz desde arriba y quiso que sintiera su misma alegría, bajo y alentó a su jinete a empezar de nuevo y vagar como música, pero no era posible. El papel era papel y la música, música. El caballito finalmente se fue tras una despedida silenciosa y triste.

Lo poco que tenía el papel ya no lo tenía. Ahora sí que la soledad se adueñó de cualquier paso que daba sin importar la dirección ni el momento. Ya había perdido su estatus de papel para tener uno nuevo de basura. Igual siguió sin tener claro por qué. Caminó mientras puntos de escarcha empezaban a caer despacio. No tardó mucho para que la escarcha se volviera gotas para que luego se volvieran proyectiles. Se acomodó en algún lugar y se acurrucó tratando de protegerse, justo hay calló un beso sin destino buscando un amigo y reposar, el papel arrugado lo tomó de última compañía y lo acerco para usarlo de sábana. Descansó, cerró el ojo, perdió la conciencia y se prendió la fiesta.

Todos los colores fueron la bienvenida, todo estaba listo. Tomó vuelo entre todo y todos acercándose con paciencia a lo que parecía ser un popurrí caliente y desordenado que permitía hacer todo lo que quisiera. Sonó Dave Brubeck primero, como para empezar moviendo el dedo más olvidado del cuerpo y que este contagie al otro y este al siguiente y así hasta que se contagie alguna de las piernas y nazca el ritmo definitivo y que se apague suave y se quede hay y que vuelva, que vuelva en el aroma de un saxofón romántico y delicado y se acabe de nuevo. O un Chopin con el nocturno Op. 9 no. 1 o no. 2 que le pertenece a un baile asesino, un baile antiguo y libre para saborear cada cambio, cada muerte, cada tensión, cada acorde y vuelva al primero. Pero era una fiesta ¿verdad? Entonces se fue más cerca, al corocito de Martina y la tambora golpeada ¿No? Pues no, siguió y se fue la fantasía de dos en dos, allá, al norte, donde se encuentran fácilmente las flautas que lloran y que funcionan al revés, en algún lugar del Bolívar, o con los acordeones de Alejo, el primer negro en ganar Francisco el hombre y acabar el baile para comenzar con las lágrimas. Todo era movimiento puro al son. Se vistió de gala con sombrero vueltiao y guantes finos de lana. Bailaba entre las nubes de música y sabor. Nada podía estar tan mal entonces si ya no era uno, sino miles de caballitos. Todos apostados en forma de corral y alrededor de la hoguera que resplandecía eufórica alrededor del papel delirante a punto de morir en un sueño infinito. El tiempo estaba estacionado, pero el sueño veía ya su final. A punto de explotar de una emoción porque la melodía era cada vez más rápida. Gritó airoso para que nada parara, la convulsión parecía imparable. La textura se hizo cada vez más oscura, más inconexa. Una tensión brava corría primero por los trazos y luego por todo el cuerpo del papel, ya afectado,

que hirvió en él lo último que le quedaba. Los recuerdos interrumpieron el sueño increíble. La soledad se volvió la premisa del sueño. Ya destrozado, la música paró y enmudeciendo la escena.

Se levanto agitado y bruscamente sorprendió al beso arrojándolo al suelo. Se arrebató contra la lluvia, corrió desorbitado buscando un consuelo en alguna otra nota perdida, pero encontró solo el ritmo monótono del agua al caer. Se quedó quieto por un momento asoleado por la lluvia, esta le ayudó de cierta forma a olvidar. Pensó que nada debería acabar así, que siempre puede haber algo más de risas. Fundido y ya deshaciéndose, decidió no terminar hay e intentar no fracasar ensopado. Trato de moverse lo más rápido que pudo, pero ya fue muy tarde para él: sí era hora de acabarse ya. La corriente del agua lo llevó finalmente al basurero municipal, a la alcantarilla más cercana. Rodo entre los barrotes oxidados que estaban a medio poner en el piso y todo se acabó.

Segunda parte

Era su hogar un lugar armónico de basura y lixiviados bien ordenados. Tenían una sala de estar en el centro de la parte seca más grande, adornada por una fuente de porquería malsana y resplandeciente que servía de baño y otras necesidades básicas. La casa era amplia, empezaba en el punto más intenso de luz y terminaba en la parte que ya se hacía totalmente oscura. Era una casa típica de única claraboya que le daba al lugar el confort necesario y más. Las cosas de la vida les eran inocuas, podía caer porquería radioactiva o pétalos recién caídos de la flor, pero para ellos era un cara o sello, o sirve de comida o no, blanco o negro. Vivían sin presagios, sin futuro ni sin pasado, cuando la claraboya les brindaba más luz era igual a que se hiciera de noche, no había horario y la hora del sueño podía ser en cualquier lugar y en cualquier momento.

Sus antenas les decían si debían moverse y a donde, si venía algún depredador amenazante del que huir o si seguir sin cautela. Sus patas temblaban como dirigiéndose solas y con la habilidad típica de la cucaracha rola, cuando era necesario encontraban el resquicio más adecuado sin ni siquiera pensarlo, se sopaban hay en un encaje perfecto y esperaban con paciencia hasta que el peligro se despejara para continuar su rutina. Estos niveles de precisión al esconderse los lograban en conjunto, la muda usaba sus antenas y su vista para encontrar la mejor ruta mientras cabalgaba a sus cuatro patas delanteras, mientras el ciego la agarraba arrastrándose con sus cuatro patas traseras, a la vez que balbuceaba: ¡Rápido! Agggg este animal. En un tono de viejo menopáusico e iracundo.

La porquería que caía del manantial del hogar se disfrutaba ardientemente mientras fuera comestible, si eran desechos orgánicos muy descompuestos era una cena de aniversario, pero si era metal o basura industrial se tomaban como inservibles para comer y se arrojaba al lado de poca luz. La selección era un trabajo de la muda que con su percepción veía cuidadosamente cada trozo y lo clasificaba mientras el ciego se quejaba sin razón siempre que abría la boca. ¡Es que no hay mejor cochinada! Ssss está bestia. La nobleza y la paciencia de la ciega eran sus mejores virtudes. Primero olía el sabor de la putrefacción con el arte de los mejores cocineros, luego palpaba con sus antenas y miraba su objetivo con delicia: si era el adecuado, lo colocaba junto con el resto, si era perfecto, lo reservaba con recelo para algún día de celebración, pero si era plástico lo desdeñaba con sutileza a un rincón, mientras el ciego se quejaba sin razón ¡Es que no ve ciega! Agggg está bruja. Parecía que el uno tuviera mil rencores y años y la otra la piedra para la juventud eterna. El ciego permanecía en el mismo lugar mientras no hubiera amenazas serias, se aplastaba

en el lugar de los mejores desechos, la muda mostraba su energía en cada movimiento, a cualquier sonido sutil iba, a cualquier movimiento lento iba.

Era época de escasez y la claraboya reflejaba las virtudes de la limpieza, la muda estaba atenta a todo y si era necesario se ensuciaba las patas en los charcos de agua por recoger cualquier minucia. Con su mirada atenta veía pasar por el agua pedazos de chatarra oxidada o plástico incomedible. Pasaron días enteros y solamente había podido rescatar unos panes tiesos con salsas de todos los colores.

Un día sin mucha diferencia a los anteriores, otro de escasez, aprovechaban ambos la delicia de una cuchara blanca repleta de residuos de muchos orígenes. Hacía cada uno lo propio, el ciego se mantenía callado mientras comía y a su vez, la muda estaba atenta de todo lo que ocurriera mientras comía. El chorro del hogar, cada vez más perjudicado por la superficie, llevaba pequeños regalos de vez en vez por los canales que recorrían el hogar. Cada detalle era bien aprovechado por la recolectora administrándolo de manera eficiente. Ese mismo día, durante sus pasajes matutinos vio caer un papel destrozado por el trajín del agua, pero colorido y aún vivo, ella lo tomó con curiosidad con la esperanza de que en su vida pasada haya sido algún empaque de comida rápida sin terminar, pero no, se dio cuenta en el instante que era inerte para el olfato y sin gracia para sus antenas. Lo arrojó con desgano hacia los desperdicios industriales y siguió rascando las últimas sobras de la cuchara blanca. Llevaban más de dos meses sin un pedazo sustancial de comida y empezaban a incomodarse los dientes de sus estómagos por la falta de trabajo. La ciega, que usualmente respetaba la hora de la comida en no agendarse ninguna otra labor, esta vez ni siquiera dejaba pasar un bocado de la cuchara ya seca cuando ya estaba girando sus antenas de vigilancia revisando en círculos, consideraba cualquier cadencia mínima distinta del agua.

Entonces fue cuando sintió un estruendo propio de un insectívoro descarnado, el temblor le recorrió la punta más lejana de las antenas y le movió sin repelo todo su cuerpo, pero supo al instante que no era peligroso porque su primera reacción de horror fue girar su mirada al ciego que no se inmutó en lo absoluto por el estruendo. Entonces pensó: “Debe ser el tesoro de comida más grande que haya caído”. Se giró muchas veces sobre su eje y no había nada, sumergió su cara en uno de los canales más profundos pero el agua oscura no mostraba nada. No podía creer que sus antenas siempre tan confiables le hayan fallado. Insistió mirando por todos los lugares, pero no encontró nada. Volvió con un poco de incertidumbre y angustia a la posición que le correspondía de la cuchara, testeaba las antenas con las muelas como queriendo corregirlas, pero al parecer todo seguía igual a como estaba antes. ¡Y se vino sin nada, que le paaaasa! Dijo la cucaracha ciega. Ahora ella estaba más paranoica por el golpe que por el hambre. Se movía rápido por cualquier cosa. Pensó en calmarse y recobrar la tranquilidad, su corazón respondió lentamente. Pensó que debía olvidarlo y así lo hizo. Respiró profundo y todo parecía recobrar la calma, pero de nuevo sonó otro estruendo penetrándole el exoesqueleto y calándole más allá, sin embargo, esta vez el tortazo fue diferente, ya no cayó como una bala de cañón sino como una torta que, en vez de silenciar todo alrededor por el golpe, suavizó el oído de la muda como para ponerlo a dormir, la crema recorrió su cuerpo y el sabor lo disfrutó como si el sonido fuera de comer. Fue un tono continuo mientras duro, corrompido ligeramente de los lados, pero muy firme en el centro. A su vez fue como una nota distópica, como un contrabajo desafinado, amétrico y permanente. Miró a su compañero y ya casi estaba royendo el plástico de la inocente cuchara. Volteó solo para que su imaginación de cucaracha le mostrara fantasmas del más arriba, ojos

incandescentes de metal, la misma porquería de siempre y el papel arrugado y sucio. Miró alrededor y se preguntó qué que estaba pasando, sus ojos le contestaron mostrándole la monotonía poco iluminada del hogar para ese momento. La ansiedad esta vez no le dio respiro. Se desprendió lentamente de su lugar para encontrar nuevos ángulos e inspeccionarlo todo, pero no había nada más que los desechos de siempre organizados en la forma de los insectos más elevados, y el papel. Se atrevió a arrastrarse hacia este, se atrevió a dudar y a verlo de nuevo, lo rozó con su prolongación preferida, lo rozó otra vez y de nuevo pero todo seguía igual. De todas formas le parecía que había algo especial. Extendió sus patas delanteras, que eran patas de precisión, tomó el papel con miedo y expectativa pero igual no pasaba nada. Se acordó entonces que el mundo era así, inerte, que el mundo estaba en coma y que ella se movía para que el mundo siguiera muerto, que no valía la pena todo porque su mundo era un foco de luz intenso rodeado de una sombra espesa, espesa y profunda y siempre había sido así, no importaba el orden que ella le diera o la porquería que cayera, siempre que salía tenía que volver al mismo lugar y soportar esa misma hegemonía. Se turbó por ser un insecto sin libertad, sin siquiera reconocer la magnitud de su imperio sin descubrir y el trono que le esperaba. Apretó con rencor el papel arrugado que era como una representación de su vida y lo arrojó al suelo como si quisiera quitársela. Sintió hambre de nuevo y se dirigió agresiva al lugar de los desechos bien, pero no había nada como antes, igual escarbó entre las sobras y logró algo de materia puntiforme, pero sin gracia. Se bañó la boca de eso, igual era comida vacía. Cuando terminó deseó incoherentemente la asistencia de otro sonido diferente al silencio y al goteo, que se fuera el exoesqueleto y le quedara la pura sensación de la belleza de ese sonido extraterrestre. Con perseverancia se giró con la sorpresa de la primera vez, actuando a tener oídos vírgenes, pesquisó desde que la columna de luz empieza en el centro de su hogar hasta que termina, pero no había más que lo que siempre hubo. No podía creerlo. Se tomó la cabeza con las manos de finura, se lamentó por un momento, respiró y pensó que no podía resignarse a un mundo de dos colores, fue a cada rincón de su ordenado basurero, destrozó toda la clasificación y todo el esfuerzo y buscó ese sonido callejero, ando entre sus montañas de estiércol de humano, se adentró como gusano tratando de encontrar el sonido de nuevo y a su vez repitiéndolo en su cabeza para recordarlo y que nunca se fuera si no lo volviera a ver. Repaso una, dos y tres veces con la mirada lo que le alcanzaba, y nada. Por alguna razón siguió con la seria sospecha del papelito muerto, se dio esperanza y se arrastró hacia él asechándolo, tierna y sigilosa pero ya con un gesto desesperado. Llegó de nuevo, la primera vez conservó el pudor de la dama que era, pero esta vez rompió la parsimonia de su llegada lenta y atropelló el papel sin temor de nada, aunque era un papelito mojado casi para deshacerse, aguanto un par de golpes pero terminaron deshaciéndose algunos de los pedazos más frágiles. Ella no podía creer que la magia se hubiera quedado ahora en un solitario recuerdo, se resignaba a ahogarse en si misma. Giro su cabeza hacia el lugar de su pareja: la cuchara iba ya por la mitad, con paciencia aruñaba la blancura del plástico y se tragaba las virutas recién salidas, deliciosamente las masticaba una por una, sin dejar ninguna perderse, ¡chomp, ñam, burp!

Esta vez fue más difícil encontrar la calma, ahora esa emoción le oprimía el pecho para sacarle el corazón y detenerse. “Tranquila, tranquila” pensaba. Respiraba profundo. “No es nada, yo puedo controlarlo como siempre lo he hecho, puedo silenciar todo de nuevo” meditaba en su silencio, pero el ritmo de su pecho no atendía. Agacho su cabeza. “Solo era un simple sonido, la vida no cambia”, pero ese simple sonido le retumbaba la cabeza, tenía filo y la cortaba. Pasó un momento en el que el silencio la despedazaba por dentro, intentaba por todos los medios de

deshacerse del ardor y no paraba. Entonces sonó de nuevo. Algo en el fondo hizo eco hasta llegar de nuevo al tímpano de cucaracha. Sus antenas inmediatamente se colocaron en posición para seguir el rastro de ruido, lo último que le quedaba de tranquilidad le permitió no apresurarse corriendo y aun así caminaba temblando. El eco venía de más allá de la oscuridad. Lo siguió mientras se escuchaba, pero antes de salir de la luz de la claraboya el sonido se extinguió. El silencio la acuchilló de nuevo sin piedad. No podía creerlo, pero de repente otro eco. Su corazón iba a morirse de tantas emociones. Esta vez vino de otra dirección. Le llegó y le caló en una alegría profunda. No hubo tiempo para la calma, se arrastró como roedor y corrió sin parar. Se adentró en la oscuridad persiguiendo migajas de ruido. Invirtió todo el esfuerzo que sus patas podían darle. El sonido se iba extinguiendo. La muda lo veía como brillo que se apagaba. Corrió como si se le fuera la vida, pero terminó por irse finalmente. Se quedó tiesa por un instante, vacía y estática. El descanso le duró poco. Otro sonido de otra dirección la llamaba. Ya no tenía nada que perder. Corrió sin repelo de nada. Su corazón se agotaba y aun así ella seguía. Nuevos sonidos comenzaron a nacer de todas partes. Era una armonía diversa de todos los colores. Había sonidos por todos lados, todos configuraban una melodía ininteligible, amorfa. Jadeaba como perro y seguía cualquier dirección. Los sonidos la martillaban por todas partes. Ella giraba su cabeza desconcertada y convulsa. Ya no había tiempo para pensar. No se acordaba de su hogar. No pasaba el tiempo. Se volvió una persecución en círculos, sin fin y sin descanso. El desconcierto le atormentaba al punto de obligarla a cerrar los ojos en medio de la oscuridad, haciéndola tropezar con todo tipo de objetos multiformes. Las lágrimas se vinieron y se enredaron con su voz gritando. No podía creer que lo que más había deseado en su vida fuera un sonido lejano: como perseguir el viento que siempre estuvo hay. La calma fue llegando de a poco, los sonidos viciados se fueron yendo a la vez. Se hizo para ella un silencio cavernal. La algarabía la había dejado en seis patas en posición natural. La serenidad era sepulcral. Ella sentía que nada tenía sentido y que todo estaba acabado, sin saber porque estaba acabado ni porque había empezado todo. Cerró los ojos y se perdió en el tiempo. Pasó horas o días en la misma posición silenciosa. La muerte se había adueñado de su cuerpo. Por alguna razón desconocida, en algún momento de todo ese tiempo muerto, movió la segunda pata del costado derecho por simple azar y por casualidad la estrelló con una textura al parecer inerte e incomedible, la pata paró y se puso en alerta. Se aventuró en un nuevo movimiento. Pesquisó un milímetro más allá y no tardó en darse cuenta la fragilidad de la cosa, la empujó un poco y la cosa volvió por inercia. Se encariñó con su textura y quiso un poco más, rozó más arriba y luego más arriba. “Es como un balón, no no no, es como un ovoide, no no no, es como una piedra de amolar” pensó la pata, pero no era nada de eso. Se agregó por curiosidad la primera pata del costado derecho. La cosa era frágil. La segunda pata sostuvo un trozo por la parte de abajo y la primera pata jaló por la parte de arriba. La tercera pata del costado derecho sintió celos y acompañó el desmembramiento por un lado de la cosa. Cada pata le asestaba a la cosa al punto de casi desenvolverla completamente. La tercera pata del costado izquierdo se unió a la masacre y colaboró acercando más la cosa al cuerpo inerte de la cucaracha. “Ya no es como una piedra, es como una cobija” pensó la segunda pata. “A mí me parece como un colador desgastado” pensó la primera pata. Pss pi pss, pss pi pss, pss pi pss. La primera y la segunda pata del costado izquierdo terminaron por volcar el cuerpo inerte en dirección a la cosa. Pss pi pss, ti ti tiii tiii. Entonces despertó la mirada de la muda, el sabor del sonido pasó por sus pupilas y descendió contagiando a cada pata. Ahora era un sonido sincronizado, seguía un modo mixolidio con una percusión negra. Era una cumbia jazz, rasga y tango. Las seis patas finalmente se

unieron en una orgia incestuosa de baile, el cuerpo las seguía, mientras la mirada seguía tratando de entender lo que pasaba. Melodía por un lado y por otro se cruzaban tejiendo un sabor que dejó atónita a la cucaracha, mientras las patas seguían su rumba de amanecederó. Estaba ella convulsionada por haber llegado al paraíso y probarlo. Todo se transformó en tranquilidad mientras las gaitas tocadas por indios seguían soplando aire. Se dibujó una sonrisa en esa boca muda. Sintió haber cumplido una meta que nunca se propuso. Como si fuera un insecto diferente, ordenó a sus patas parar y tocar el suelo, una a una pararon la fiesta hasta recobrar la realidad y se dejaron caer como plumas tranquilamente. Todo el algarabío se fue disolviendo, dejándole una paz inhumana. Terminó por establecerse completamente en el piso y el ritmo terminó por irse a su vez. ¡chomp, ñam, burp! Sonaban las fauces del ciego. Se dirigió con su parsimonia habitual y con su lentitud precavida a lo que quedaba de cuchara blanca. Encontró pacientemente el huequito que siempre le había correspondido por debajo de la segunda pata del costado derecho del macho. ¡chomp, ñam, burp! La muda, que había atesorado el papelito lo comprimió con fuerza con ambas manos, lo envolvió con fuerza en forma de bala y se lo arrojó con agresividad al ciego bulloso. El papel se arrastró por toda la cara del ciego dejando un camino ensalivado, pero este ni se inmutó y siguió comiendo. La muda vio esto y se figuró una enorme sonrisa cínica mientras sonaba de fondo: ¡Pss pi pss, pss pi pss, pss pi pss! El papelito finalmente callo lejos de la pareja, en un charco típico del hogar que conducía a más allá de la oscuridad, se fue por el flujo perezoso del agua y nunca se le volvió a ver por allí.